

Cuando la infelicidad era sagrada

Otto Maduro*

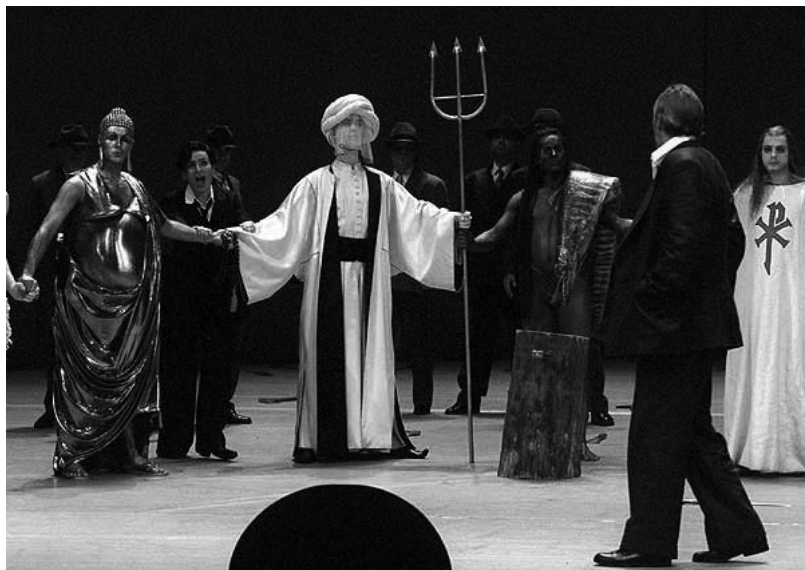
Querid@s congéneres del futuro:
 algunas personas pensamos que
 nuestros tiempos –a pesar de tanto
 invento, tecnología e ideas que
 pudieran haber servido para hacer la
 vida humana más armoniosa y
 placentera para tod@s– fueron
 tiempos en los cuales, demasiado a
 menudo, la infelicidad fue convertida
 en cosa sagrada, dentro y fuera de las
 así llamadas *religiones*.
 Ojalá y los tiempos en los que viven
 ustedes cuando encuentren estas
 huellas sean tales que a ustedes les
 parezca imposible, increíble, inaudito
 que haya habido época y culturas en
 las cuales eran así las cosas.

Amén.

Querid@ arqueólogo@ del futuro:

Nací en Venezuela, en América del Sur, en 1945. Viví allí la mayor parte de mis primeros 25 años. Después pasé casi seis años en Europa occidental, volví a Venezuela por unos cinco años más y, luego, regresando cada año a mi tierra natal, pasé buena parte del resto de mi vida en los Estados Unidos, la nación económica y militarmente más poderosa y destructiva del planeta durante mi vida.

Una de las cosas que más me ocuparon y preocuparon mientras viví –no sé si esto será comprensible para la gente del futuro– es algo que todavía mucha gente llama *religión*. Y, particularmente, me ocupó y me preocupó entender cómo fue posible que el llamado de amor, paz, justicia y solidaridad que hicieron varias personas en tierras del llamado “Oriente” hace varios milenios (me refiero a unos individuos de quienes quizá se haya perdido todo recuerdo en el futuro: Moisés, Jesús de Nazareth, Mahoma y Buda) se fue transformando en unos movimientos humanos muy complicados llamados *religiones* que se difundieron poco a poco por el planeta hasta volverse *religiones* globales, mundiales. Me preocupó y ocupó investigar cómo esas *religiones*, en poco tiempo, terminaron interpretando el llamado de sus “fundador@s” de maneras extraordinariamente variadas: tan variadas que, cada siglo (quizá cada año, y puede incluso ser que cada día) desde que comenzó una u otra de esas *religiones* –llamadas “judaísmo”, “cristianismo”, “Islam” y “budismo”– hubo matanzas de seguidor@s de cada una de esas *religiones*, no sólo por participantes de



Hoy en día me parece imposible definir religión de una manera aceptable y comprensible para cualquier persona de mi época y mi lengua.

otras *religiones*, ni tampoco exclusivamente por enemigos de todas las *religiones*, sino por otra gente igualmente seguidora de la mismísima *religión*.

Confieso que quizá las cosas serían más fáciles de entender para ustedes en el futuro (y para mí en estos comienzos del siglo XXI) si esto fuese una característica de todas las *religiones* todo el tiempo, y si fuese típico solamente de las *religiones*. Pero no es así en los tiempos y lugares en los cuales he vivido. Por una parte, es asimismo en las *religiones* donde se puede hallar a muchas de las personas, comunidades e iniciativas más generosas, altruistas, bondadosas y solidarias — gente que trata de vivir a fondo el llamado de amor, paz, justicia y solidaridad de los “fundador@s” de sus *religiones*; personas que desdeñan la obsesión de nuestros tiempos con la riqueza, las posesiones materiales, la fama, el poder y la seguridad, y que prefieren los caminos de la sencillez, la frugalidad, la humildad, la igualdad y la vulnerabilidad.

¿Paradójico, verdad? No sé si eso será comprensible en el futuro. En todo caso, la cosa es más complicada. En nuestros tiempos hay también muchísima gente que no cree ni sigue a ninguna *religión*. Muchas de estas personas no ven sino lo malo en las *religiones*. Y algunas de estas personas no *religiosas* (millones probablemente) comparten también un llamado de amor, paz, justicia y solidaridad, sólo que lo definen como puramente hu-

mano, histórico, social, no *religioso*. Desafortunadamente, entre esta última gente, al mismo tiempo que hay quienes viven una vida de sencillez, frugalidad, humildad, y vulnerabilidad, hay igualmente persecuciones recíprocas, interpretaciones contradictorias de las mismas ideas, y hasta barbaridades cometidas por la obsesión con la riqueza, las posesiones materiales, la fama, el poder y la seguridad. Pero, igualmente, como en las *religiones*, hay aquí también personas, comunidades e iniciativas tan generosas, altruistas, bondadosas y solidarias como algunas de las que se pueden hallar en todas y cada una de las *religiones* que se conocen en mi época y región.

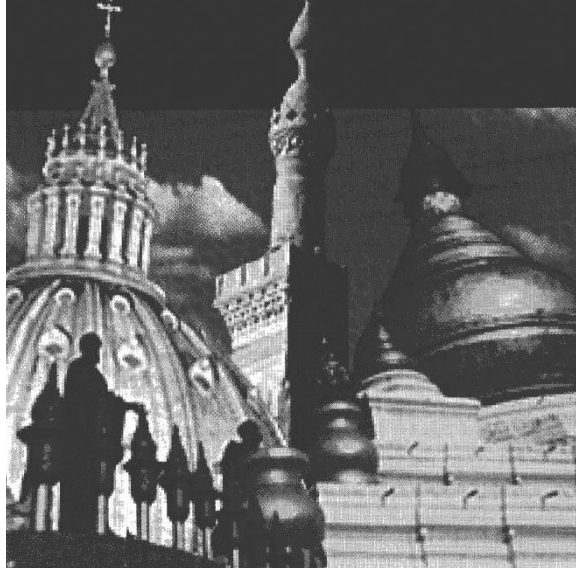
¿Curioso, no? O quizá suceda algo parecido entre ustedes, nuestros congéneres del futuro, y entonces no les parezca todo esto tan inaudito.

Quizá ustedes, congéneres del futuro, se estén preguntando al leer esto y otros restos arqueológicos, ¿qué sería eso que llamaban *religión* nostr@s antepasad@s? La pregunta, aunque se supone que yo soy un “experto” en la materia, es una que me sigo haciendo a diario después de años de estudiar *religiones*. Hoy en día me parece imposible definir *religión* de una manera aceptable y comprensible para cualquier persona de mi época y mi lengua. Para cualquier definición o explicación que intentemos, siempre habrá quienes, al tiempo que se autocalifican como *religios@s*, rechazarán tal explicación o definición de lo que sea la

religión como contraria a su propia experiencia. Así que todo lo que puedo hacer para ayudarle a usted, arqueólogo@ del futuro, a entender algo de mis tiempos y lugares, es darle otra explicación posible de lo que entendíamos por *religión*.

Digamos que, según parece, tendemos a llamar *religión* a cualquier mezcla variable de ideas, ritos, grupos, objetos, sitios y tiempos a través de los cuales se intenta definir y defender la vida de algunos seres humanos (sus cuerpos, familias, costumbres, posesiones, ideas, cultura, lenguaje, etc.) como sagrada —es decir, como respetable, no una realidad que no se debe invadir, violar, maldecir o aniquilar, pero que tampoco se debe descuidar, desatender o abandonar. Y si las *religiones* se organizan, se institucionalizan, se alían con los poderosos, e, incluso, se arman a veces, es precisamente porque para defender como sagrada la vida de algunos seres humanos no basta sólo ni siempre con buenas intenciones, ritos y oraciones.

Algunas *religiones* llegaron incluso a afirmar explícitamente que la vida de todas las personas humanas es sagrada, respetable, inviolable. Desdichadamente, del dicho al hecho hay mucho trecho, y, al igual que ha sucedido con otro tipo de movimientos, también sucede con las *religiones* que es mucho lo que se dice y mucho menos lo que se hace: todas las *religiones*, aunque digan exactamente lo contrario, tienden a identificarse con una pe-



queña porción de la humanidad (ciertas clases sociales, naciones, o grupos étnicos; y, a veces, sólo con quienes dentro de tales grupos sean seguidor@s de la misma *religión*). Por ello, la mayor parte de las *religiones*, la mayor parte del tiempo, sólo defienden de hecho como sagrada la vida de una parte de la humanidad –del resto de la humanidad o no se ocupan en lo más mínimo, o los ven como “gente de segunda”, gente cuyas vidas son despreciables, prescindibles, desechables. Y lo mismo sucede con las organizaciones, movimientos e ideologías no *religiosas*, o anti-*religiosas*.

En mis tiempos y lugares mueren millones de niñas y niños anualmente por falta de agua, comida, o atención médica. Al mismo tiempo, se gasta una cantidad gigantesca de recursos materiales, tiempo y esfuerzos en cosas como armas y drogas, que, no sólo no son necesarias para la vida sino que la destruyen.

Algunas *religiones*, de tanto predicar resignación a quienes llevan unas vidas de trabajo y dolor constante, de tanto reinterpretar el mensaje de amor, paz, justicia y solidaridad de sus fundador@s, y de tanto temer las consecuencias de una vida más sencilla e igualitaria para tod@s, han terminado muchas veces por hacer de la infelicidad una cosa sagrada: fustigando todo placer mundano, por inocente que sea; condenando cualquier esfuerzo por hacer más grata y llevadera la vida terrenal de más seres humanos; maldiciendo a quienes resisten los abusos de la gente más poderosa; volviéndose ciegos, sordos y mudos ante el sufrimiento injusto de tanta gente a manos de quienes tienen armas, dinero, in-

fluencia, fama, escolaridad y/o títulos de reconocimiento. Y algo parecido les ha sucedido a muchos gobiernos, partidos y movimientos –*religiosos*, no *religiosos* o anti-*religiosos*– que lograron gran influencia porque nacieron luchando por igualdad, justicia y paz para toda la humanidad, pero reinterpretaron ese legado de varias y paradójicas maneras.

*Profesor de Cristianismo Global
Drew University Theological School.
 Madison, NJ 07940-1493, E.U.A.
 omaduro1o@netscape.net